Anales de la Real Academia de Doctores
Volumen 5, pp. 269-284, 2001

IDENTIDAD VASCA E INSTRUMENTALIZACIÓN IDEOLÓGICA DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL EUSKERA: DEL PARTICULARISMO ESTAMENTAL AL NACIONALISMO INDEPENDENTISTA

FCO. JAVIER ULLÁN DE LA ROSA

INTRODUCCIÓN

Este es un trabajo que trata de analizar cómo los estudios sobre una lengua, y la lengua misma, pueden ser utilizados como instrumento simbólico para construir o apoyar una ideología identitaria diferencial. Este es un estudio sobre las raíces más profundas del nacionalismo vasco, una labor que, parafraseando a Juaristi, puede muy bien calificarse de «arqueológica». Como si del corte estratigráfico de un asentamiento humano ininterrumpido en quinientos años se tratara, existe una continuidad directa que, estrato sobre estrato (es decir, autor sobre autor) conecta a través de la niebla de los siglos a los cronistas *vizcaínos*[1] del Antiguo Régimen, pasando por los literatos fueristas del siglo XIX, con Sabino de Arana-Goiri, el visionario fundador del PNV. Tanto unos como otros utilizaron la apología de una lengua, el euskera, y su teorización sobre ella, como vía de expresión y reivindicación de una identidad de grupo. En cada época y cada situación histórica los autores se valieron del conjunto doctrinal preexistente (el estrato arqueológico inmediatamente inferior, para seguir con el símil) para construir un discurso adecuado a sus intereses.

Los polemistas del Antiguo Régimen, cuya serie se cierra con Larramendi, a mediados del XVIII, y Astarloa, a caballo ya del XIX, bebieron de las fuentes medievales que hacían de Túbal el probable patriarca de los iberos para construir un mito sobre el origen de la lengua vasca que reforzaba los intereses estamentales de la pequeña nobleza *vizcaína* dentro del aparato burocrático de la Monarquía. Los defensores de los fueros del siglo XIX utilizaron las teorías ya construídas por sus antecesores adecuándolas a sus reivindicaciones regionalistas frente al Estado liberal centralizador. Sabino de Arana-Goiri recibió a través de la literatura fuerista la influencia de toda esa larga tradición histórica, la cual adaptó a su pensamiento para hacer de la lengua vasca y de su singularidad el pilar de la nación euskaldún que exigía su independencia. Particularismo estamental, regionalismo fuerista y nacionalismo independentista son tres co-

[1] En tanto que aparezca en cursiva, la denominación vizcaíno tendrá el sentido que se le daba en la Edad Moderna, es decir, el de vasco en general (incluyendo también a guipuzcoanos, alaveses y navarros).

rrientes ideológicas diferentes y sucesivas en el tiempo pero con un mismo hilo conductor que las une y que las hace, aunque probablemente sus respectivos defensores, si viviesen, se lanzarían a negarlo, precedentes inmediatos y hasta puede que necesarios, unos de otros. Suele ser difícil construir un edificio ideológico donde no hay terreno ni materiales para hacerlo.

1. EL MITO TUBÁLICO DEL VASCUENCE Y EL PARTICULARISMO ESTAMENTAL VIZCAÍNO.

Cuando el jesuíta Manuel de Larramendi publica su *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín*, en 1745, el primer diccionario de euskera, lo hace para constestar y dar por sentada la polémica que le enfrentaba con Gregorio Mayans, bibliotecario real, y con la Real Academia de la Lengua (**Tovar, 1980: 86**). El extenso *Prólogo* a este *Diccionario* es una encendida apología del euskera cuyos principales argumentos podemos exponer extractando simplemente algunos de los epígrafes más significativos en que se divide este (**Larramendi, 1745: I-CCXXIX**):

— *Parte Primera: Descubre las perfecciones del Bascuence.[...]*

I. El Bascuence es lengua más perfecta.[...]

VII. El Bascuence es lengua de las matrices mayores[2].

VIII. El griego tiene voces del Bascuence.

IX. El latín tiene voces del Bascuence.

X. El francés tiene voces del Bascuence.

XI. El italiano tiene voces del Bascuence.[...]

— *Parte Segunda: Que el Bascuence es la lengua primitiva y universal de España.[...]*

XVIII. La lengua castellana tiene muchísimas voces del Bascuence, y es argumento que esta lengua fue la universal de España.[...]

— *Tercera Parte: Contiene una apología del Bascuence y respuesta a las objeciones de Mayans y Armesto Osorio, nuestros impugnadores.*

I. Comparación de las lenguas: su caducidad [...]. El Bascuence de oy es el mismo de aora dos mil y tres mil años.

Ninguna de estas ideas, ni el método etimológico para demostrarlas, ni la polémica que se generaba en torno a ellas, eran cosas nuevas. De hecho, Larramendi no hacía sino retomar en su *Prólogo* toda una larga tradición de la que no constituye sino uno de sus últimos epígonos.

[2] Es decir, una de las setenta y dos lenguas que se formaron en Babel.

La teoría de la lengua vascuence como *la más antigua y universal de España* y una de las setenta y dos lenguas matrices de la humanidad surgidas tras la confusión babélica tiene sus orígenes en una tradición medieval que hacía de Túbal, hijo de Jafet, el primer poblador de la Península, tradición que arranca nada menos que de Flavio Josefo quien, en sus *Antigüedades Judaicas*, citaba lo siguiente: *Fundó Thubal a los Thobelos, que ahora se llaman iberos* **(citado por Tovar, 1980: 15).** Josefo se refería, al parecer, a los iberos georgianos, pero San Jerónimo los confunde con los de Hispania y esta es la opinión que queda recogida en las *Etimologías* de San Isidoro, autoridad máxima de la España Medieval. A principios del siglo XIII el arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, recoge esta opinión en su *Crónica* sobre la historia de España pero dice además que *los hijos de Túbal fueron los primeros habitantes de las alturas de los Pirineos [...]. Se dilataron hasta ser grandes pueblos y descendieron a las llanuras de España* **(citado por Tovar, 1980:18)**. Ximénez de Rada no menciona que la lengua de los descendientes de Túbal, luego celtíberos, fuera la universal de España ni que esta fuese el vasco. Parece, sin embargo, que la creencia en el euskera como lengua primitiva de toda España estaba ya presente, al menos en el imaginario popular, en el siglo XV pues, aunque no haya constancia de que autor alguno hubiera expresado esa idea hasta entonces, no debió ser en vano que Enrique de Villena, en el prólogo a su traducción de la Eneida, consignara que *Algunos dicen que la lengua que primero los regnos de Castilla tenían era la vyzcaína* **(citado en Tovar, 1980:19)**. Una idea que Tovar cree, como decíamos, de origen popular, basada en la presencia de vasco-parlantes en zonas de la Rioja y Burgos. Angel López García, en su precioso ensayo sobre el origen de las lenguas peninsulares menciona también la existencia de este *mito incrustado en la conciencia popular* y sitúa su punto de partida en las propias circunstancias que dieron nacimiento al castellano, que según su tesis, apareció como una lengua de relación, de comunicación entre el vasco y los dialectos romances del Alto Ebro, como romance vasconizado, tomando del euskera sus características fonéticas y buena parte de su estructura interior **(López, 1985: 47 y ss.).**

El primero en identificar a Túbal con alguna lengua hablada en la Península no fue Garibay, como asegura Juaristi **(Juaristi, 1992:22)**, sino el célebre polígrafo Alonso de Madrigal, el «Tostado», en la primera mitad del siglo XV, para decir que la lengua de Túbal *es agora la nuestra*, es decir, el castellano **(citado por Tovar, 1980:22)**. Con ello inauguraba una práctica que se haría muy común en España en los siglos siguientes: la utilización del mito tubálico para enaltecer a una lengua. La filiación de la lengua hasta el origen tubálico implicaba su condición de lengua matriz, valga decir de lengua pura e inmutable, procedente directamente del lenguaje adánico, por contraposición a las lenguas derivadas de aquellas *por corrupción.* La teoría de Madrigal probablemente no era gratuíta, y escondía detrás un interés político, una intencionalidad propagandística castellana. Tampoco era él una excepción en su tiempo.

El recurso a la mitografía sobre los origenes de las lenguas fue un hecho general y recurrente en toda la Europa del Renacimiento. Los Studia Humanitatis elevaron la filología, olvidada por la Escolástica, a la categoría de ciencia mayor y preferente entre las demás disciplinas científicas. *Si existe una clave del mundo*, dice Juaristi, *el hombre del Renacimiento espera encontrarla en el lenguaje humano* **(Juaristi, 1992: 26)**. Los nacientes Estados europeos utilizaron el estudio y exaltación de la propia lengua como instrumento político para fortalecer su poder y el sentimiento protonacional o protopatriótico de sus súbditos. En una sociedad estamental que basaba su estructuración y buena parte de sus valores sobre el origen y el linaje de los individuos, la mejor forma

de enaltecer una lengua y por ende, y de eso se trata fundamentalmente, al pueblo que la habla y al rey que los gobierna, era ennoblecerla como si de un individuo se tratara, demostrando que el origen de su linaje era lo más antiguo y noble posible. La dispersión de la progenie de Noé y el relato babélico sobre la división lingüística se convirtieron en una cantera ideal de la que extraer orígenes nobles para las lenguas.

Por otro lado, *una lengua sería tanto más noble cuantas más palabras suyas pudieran encontrarse en otras lenguas* **(Dubois, 1970: 84; citado por Juaristi, 1992:5).** De esa manera se reconstruía un mapa de sus conquistas lingüísticas en la antigüedad que no era sino una metáfora que remitía a la supuesta extensión en el pasado del propio pueblo que la hablaba y se constituía en muchos casos en elemento de legitimación de sus conquistas presentes.No parece gratuíta la aparición a finales del siglo XV, y su perduración durante toda la Edad Moderna, del mito de Annio de Viterbo que hacía de los antiguos españoles los conquistadores de Sicilia y los fundadores de Roma. El mismo Larramendi acudirá a este mito para probar que el latín tiene voces del vascuence **(Larrramendi, 1745: XVIII)**. La correspondencia con los intereses de la Corona Española en el Reino de Nápoles es evidente.

La creación de todos estos mitos lingüísticos sólo cabe entenderla desde una dinámica de construcción simbólica que identificaba lengua con pueblo. En todos ellos la lengua es un trasunto del pueblo que la habla y todas las cualidades que se le atribuyen a esta se entienden como predicables de la sociedad que la posee.

Este afán por encontrar y ennoblecer los orígenes de las lenguas vernáculas no se limitó, al menos no en la Corona Española, a las lenguas mayoritarias y «oficiales» de las monarquías. En lo que a nosotros respecta, el euskera también generó toda una mitología acerca de sus orígenes que, imprevisiblemente entonces, habría de perdurar hasta el siglo XIX.

Fue el guipuzcoano Esteban de Garibay, cronista de Felipe II, quien en 1571 enlazó dos leyendas independientes y preexistentes, la de Túbal como patriarca de los iberos y la del vascuence como la antigua lengua de toda la Península, para crear el mito tubálico de los vascos. La lengua que los descendientes de Túbal, antepasados de los antiguos iberos, es decir, los españoles, trajeron de Babel no es otra que el vascuence y por ello: *Está verificado ser la lengua vasca pura y perfecta* y la lengua universal y primitiva de todos los españoles: *La primera lengua de España, la que hasta hoy se habla en la mayor parte de Cantabria* **(Garibay, 1571; citado por Tovar,1980: 49).** Con esto último recogía además Garibay una extendida creencia que identificaba a los vascos con los antiguos cántabros, encarnación histórica de la heróica y orgullosa resistencia a la asimilación romana, siendo la conservación de su lengua el signo inequívoco de esa histórica condición.

Garibay fue el iniciador del método etimológico para probar sus afirmaciones sobre la lengua vasca, método utilizado según criterios profundamente anticientíficos, y habría que preguntarse hasta qué punto ingenuos, que Larramendi habría de desarrollar hasta la saciedad dos siglos más tarde. Su labor se habría de ver continuada en las décadas siguientes por otros autores vascos, como el licenciado Andrés de Poza, quien escribe una obra en 1587 en la que se retoman las tesis de Garibay y se refuerzan con una intensificación del método etimológico, interpretando numerosos topónimos de toda la Península como vascuences, en lo cual es también Poza predecesor de Larramendi. El

mito será aceptado a partir de él por todos los autores vascos que escriben sobre estos temas, los cuales no son sino otros tantos hitos de un camino que conduce sin interrupciones hasta Larramendi, Astarloa y el siglo XIX: Martín de Coscojales (cc. 1590), Baltasar de Echave en 1607, Oinehart en 1656, Moret en 1665 y 1684, el propio Larramendi en su primer opúsculo en 1728...

El mito del origen tubálico del vascuence tiene algo de respuesta defensiva de tipo étnico. Los autores vascos dejan muy claro en sus escritos que quieren responder a quienes desde otras partes de España habían estigmatizado el vascuence como *lengua bárbara* **(Pedro de Medina, en la segunda mitad del siglo XV)** o *lenguaje grosero y bárbaro, que no recibe elegancia* **(Juan de Mariana, hacia 1580).** Cuando Poza escribe su libro lo hace por encargo del Pariente Mayor del bando gamboíno, Diego de Avendaño y Gamboa, para defender *nuestra lengua vascongada* de *algunos poco devotos de esta lengua* **(citado por Juaristi, 1992:59).** El Renacimiento, con su idolatría hacia la Antigüedad grecorromana había traído como consecuencia el desprecio de una lengua no literaria y tan extraña a los oídos de sabios acostumbrados al latín y al griego como el euskera. Según López García, el postergamiento del vasco tuvo también mucho que ver con la concepción del castellano como *lengua sagrada y sostén del catolicismo - la lengua para hablar con Dios, en la conocida expresión del emperador Carlos I* **(López,1985:46)**. La elevación del castellano a lengua del Imperio Español, hablada en toda Europa y allende los mares, provocaba el desprecio hacia la pequeña lengua aldeana.

Pero si el mito sobre el vascuence pudo ser en alguna medida una reacción frente a quienes lo menospreciaban y, como tal, reflejo de una cierta identidad o solidaridad «étnica» entre los vascos, no fue esa ni su intención principal ni la piedra angular de su contenído ideológico. Lo que recoje y defiende en realidad el mito es la esencia de los valores de la sociedad española estamental, fundamentalmente el valor concedido para la vida pública a la *limpieza de sangre* y a la condición original de *cristiano-viejo*. La nobleza vascongada utilizó el mito sobre el origen de su propia lengua para reforzar esta condición que era ya consustancial a los linajes vascos y colocarse de esa manera en un lugar preferente a la hora de optar a cargos en la administración del reino. De ahí que digamos que se trata de un particularismo estamental, porque lo que defiende fundamentalmente no es una identidad «étnica» o «cultural» de los vascos frente al resto de los pueblos de España, sino la identidad diferencial que otorgaba la *hidalguía universal* a todos los *vizcaínos*, la cual no los diferencia étnicamente del resto de los peninsulares sino que, en virtud de los valores vigentes, los convierte en los más españoles de todos porque, en palabras de Joseph de Moret, *han conservado la sangre y el origen español más puramente* **(Moret, 1684; citado por Tovar,1980:63).**

Como ha dicho muy acertadamente Jon Juaristi, *en todos estos autores el vascuence es una metonimia del pueblo vasco* **(Juaristi, 1987: 52)**. Por eso, las cualidades que se le atribuyen a la lengua son asímismo las de aquellos que la hablan: Si el vascuence es la lengua más antigua de España, los *vizcaínos* son los más antiguos españoles; si el vascuence es lengua matriz, una lengua *sin permixtión alguna de naciones advenedizas* **(Moret, 1684; citado por Tovar, 1980:64)** al contrario que las lenguas derivadas por corrupción, los vizcaínos son quienes mejor acreditada tienen su *limpieza de sangre*; si los *vizcaínos/cántabros*, nunca domeñados por los conquistadores extranjeros, conservan por ello el primitivo y común idioma de todos los españoles, el vasco se convierte en testimonio de la libertad de España, de su resistencia frente al enemigo; si el vascuence

es lengua *perfecta, elegante, substancial y filosófica* **(Poza, 1587; citado por Juaristi, 1992:81)** así lo es el *vizcaíno*, que encarna las virtudes caballerescas del hidalgo español; si el vascuence es lengua inmutable, *sin mudança ninguna* **(Lucio Marineo Sículo; citado por Tovar, 1980:26)**, también debe serlo el orden estamental cuyo paradigma lo constituyen los *vizcaínos*. *Limpieza de sangre*, virtudes caballerescas, espíritu guerrero e inconquistado, orden social inmutable... Sólo falta un elemento para completar la escala de valores del Antiguo Régimen español: el vetero-cristianismo.

La inclusión del vetero-cristianismo en el mito viene de la mano del licenciado Andrés de Poza. De Poza, desde su tesis, inspirada en la Cábala, de que las lenguas matrices, a diferencia de las derivadas, encierran en cada término la esencia de aquello que este designa, afirma el cristianismo primitivo del linaje de Túbal. Para ello parte de la voz vascongada para referirse a Dios, *jeaun* («señor»), a la que supone una forma primitiva, jamás documentada por cierto, iaon, palabra compuesta a su vez por los términos *i* («tú»), *a* («aquél»), y *on* («bueno»), estructura trimembre o tripersonal que Poza hace corresponder con la Trinidad. De esa manera afirma, sin ninguna duda, que Dios había revelado ya su verdadera naturaleza al linaje de Túbal, es decir, a los españoles, de quienes son máxima expresión los *vizcaínos*. Esta disparatada teoría, lejos de caer en el olvido, se convirtió en la semilla que daría fruto a un frondoso árbol. El cristianismo primitivo había de ser defendido por todos los autores vascos de entonces en adelante, incluídos los fueristas del siglo XIX, con todo tipo de pruebas. Larramendi afirma en su opúsculo *De la Antigüedad y Universalidad del Bascuence en España* que *el bascuence es la locución angélica y que para hablar a los ángeles en su lengua es necesario hablarles en bascuence* **(Larramendi, 1728: 101; citado por Tovar,1980:71)** y así mismo que *en el país de Cantabria no leemos que haya havido ni oráculos ni templos para la superstición gentílica* **(Larramendi, 1728:51; citado por Tovar,1980:73)**. La misma idea que condujo al último epígono del Antiguo Régimen a decir que el vasco es testimonio de *la perpetua inmovilidad y firmeza del pueblo bascongado en la religión verdadera en todo el prodigioso tiempo de su existencia* **(Astarloa, 1803:335; citado por Tovar,1980:127).**

El tubalismo de la lengua vasca se constituye en un mito con dos caras, en una especie de ideología bifronte que, como el dios Jano, no es sino una puerta que permite pasar sin transiciones del interior al exterior de un mismo edificio axiológico: de la defensa del particularismo vizcaíno a la de las esencias hispánicas. La misma característica bifronte que adoptaría esta polémica en el resto de la Monarquía: mientras unos lo denostaban y polemizaban con los autores vascos, el mito, en lo que tenía de apología de los valores más ejemplares de la España Imperial y Católica, también era potenciado por autores no vascos. No fue un autor vasco el primero en afirmar que el vascuence es la lengua más antigua de España y una de las setenta y dos lenguas babélicas, sino Lucio Marineo Sículo, cronista de los Reyes Católicos, y no fue Garibay, en contra de lo que afirma Juaristi **(Juaristi, 1992:60)** quien identificó por primera vez a los antiguos cántabros con los vizcaínos, sino el valenciano Antón Beuter a mediados del XV y, más tarde, Juan de Valdés en la primera mitad del XVI. Había sido el mismo Carlos I que hablaba con Dios en castellano quien en 1521 había dotado de una base institucional a todos estos argumentos decretando en base a los mismos la *hidalguía universal* de los *vizcaínos*.

En el otro bando se situaban buena parte de los humanistas, pero no todos, como hemos visto, a quienes su amor por las lenguas clásicas les llevaba a despreciar el

vascuence y su espíritu de racionalidad a demostrar, con los escasos instrumentos intelectuales a su alcance, la debilidad del argumento vasco. De entre ellos, los de ascendencia judeoconversa tenían, además, motivos más importantes que los puramente académicos para impugnar las teorías vascas: en la polémica lingüística se decidía la victoria o no de toda una ideología racista de segregación que atentaba con expulsarles de la vida pública. La imposición del criterio de *limpieza de sangre* traía, en efecto, como consecuencia la preterición de los conversos para los cargos de la administración, hasta entonces ocupados mayoritariamente por aquellos, y la ocupación de los mismos desde principios del XVI por hidalgos *vizcaínos*. En esa contienda los conversos llevaban desde el principio las de perder. A finales de siglo la victoria de los *vizcaínos* en la lucha por los cargos de la administración real era completa. Lo que se estaba jugando era, pues, simple y llanamente, una posición social.

A principios del XVII, desplazados ya los conversos, serían los castellanos viejos, celosos de los privilegios de los *vizcaínos*, quienes tomarían el relevo en la polémica lingüística.En 1588, un año después de la edición de la obra de Poza, se fraguaba una nueva teoría «castellanista» a partir de un fraude religioso: el de las falsas reliquias del Sacromonte de Granada, encontradas ese mismo año, y en las que habría aparecido un pergamino escrito por San Cecilio en los tiempos apostólicos ¡en castellano!. Esto le dio pie a Gregorio López Madera, Fiscal del Real Consejo de Hacienda, a escribir su *Historia y Discursos* en 1602, en la que reconstruía el mito tubálico pero adaptándolo al castellano, como ya lo hiciera en su tiempo el «Tostado». Túbal habría traído el castellano a España, siendo este y no el vasco la lengua babélica inmutable *que es agora la misma de mil y mil quinientos años atrás* **(López Madera, 1602; citado por Tovar, 1980:36)**.

Son más bien las teorías de individuos como López Madera las que parecen surgir, a nuestro juicio, como respuestas defensivas de ciertos grupos contra la intrusión de los *vizcaínos*, que no al contrario. En 1602, cuando escribe Madera, o incluso antes, cuando escribe Poza, los *vizcaínos* se habían constituído ya en el grupo más fuerte dentro de la administración real. Como dice Juaristi, *una legión de secretarios y escribanos [...] apuntalaba [...] el Imperio* **(Juaristi, 1992:60).** La de Madera fue la última resistencia significativa de la que tengamos noticia. Como demuestra Juaristi **(Juaristi,1992:59)**, la tesis de los autores vascos fue aceptada y asimilada mayoritariamente a partir del siglo XVII en toda España. López García podía tener razón en una cosa: el castellano eclipsó a las demás lenguas de la Península como instrumento de comunicación del Imperio, pero en el terreno del mito la victoria había sido para el euskera.

Cuando Larramendi escribe sus obras, primero el opúsculo (1728), después la *Gramática Bascuence* (1736) y, finalmente, el *Diccionario Trilingüe* (1745), las cosas habían comenzado, sin embargo, a cambiar. La nueva dinastía borbónica había traído sus cuadros administrativos del extranjero o reclutado españoles con nuevos criterios. Los tiempos del monopolio *vizcaíno* tocaban a su fin. Felipe V traía de Francia ideas de centralización y homogeinización del Estado. El Siglo de las Luces imponía el derribo de los viejos mitos europeos al socaire de una nueva racionalidad a la que se quería ajustar la vida entera. El viejo orden del Imperio Habsburgo, que se había reputado inmutable a través de la metáfora tubálica, empezaba a cambiar. Los vascos, abanderados de la defensa del mismo, que era a la vez la de sus privilegios, empezaron a sentirse acorralados. Las nuevas circunstancias tuvieron también su reflejo en el plano de la lengua: Los Decretos de Nueva Planta impusieron la educación primaria

obligatoria en castellano, los sabios ilustrados, como Mayans o Flórez, empezaron a poner en duda las teorías sobre el vascuence; la recién creada Real Academia de la Lengua Española (a pesar de que en su lema, *Limpia, fija y da esplendor*, seguían presentes, por cierto, las viejas ideas) asestaba un golpe muy importante al mito con la publicación entre 1726 y 1739 de su *Diccionario de Autoridades*, que relegaba a menos de un centenar las palabras castellanas de origen euskera. Los vascos se sintieron sin duda heridos en su terrible *hybris* aristocrática, indiscutida durante un siglo, y debieron experimentar la impresión de que a través de la lengua se les estaba marginando del nuevo proyecto hispánico.

Es en este contexto en el que surgen los trabajos del padre Larramendi, que también participa en cierta medida del espíritu más científico y sistematizador de la Ilustración (no en vano es el autor de la primera gramática y el primer diccionario del euskera), pero cuyo objetivo es fundamentalmente ideológico, vindicativo. Confesor de la reina viuda de Carlos II, es decir, un hombre adepto a la anterior dinastía, y miembro de la Compañía de Jesús, brazo armado de la Contrarreforma y la única orden que había llegado a plantearse imponer los estatutos de limpieza de sangre como requisito de ingreso[3], Larramendi se había criado a los pechos de la ideología que empezaba a declinar. Como él mismo nos hace saber, el objetivo de su *Diccionario Trilingüe* era doble:

1. Defender las teorías ya conocidas sobre el vascuence desde la autoridad de un enjundioso estudio de compilación y sistematización lingüística de mérito indiscutible, que le había llevado quince años de trabajo, impugnando así con datos fehacientes y con la «lógica» de sus argumentaciones obras como la de Gregorio Mayans, curiosamente bibliotecario del rey, o la de un tal Ignacio de Armesto, quien decía escribir su crítica a las teorías tubálicas del vascuence *para indemnizar a la Academia Española de esta calumnia.*

2. Conseguir convencer a la Academia, a la que en todo momento demuestra diplomático respeto (*Bien encaminada ha ido la Academia en su gravísima empressa, y la ha llevado a cabo después de un trabajo ímprobo* **(Larramendi, 1745: CCXX-VIII)**, de la importancia del vascuence en el castellano para que esta se tenga en cuenta en la segunda edición del *Diccionario de Autoridades: La Real Academia verá, si estas especies, y observaciones son apreciables, y pueden servir de luz para la segunda impresión del Diccionario* **(Larramendi,1745: CCXXIX)**.

La metáfora sigue presente: La Real Academia es la imagen de la Monarquía Española y, por ello, Larramendi ha de defenderla incluso aunque no apruebe su conducta; la escasa presencia del vascuence en su Diccionario es un trasunto de la pérdida de privilegios de los vizcaínos; Larramendi, es sólo el abanderado de un sentimiento que comparten todos los vascos, *un héroe en quien resplandece con viveza la facundia natural de la Lengua Patriense*, en palabras de Fray Bartolomé de Galarza, religioso vascongado y censor del *Diccionario Trilingüe*. Un héroe que viene a traer, en forma de diccionario, la respuesta que exigía el honor, una respuesta que De Galarza esperaba, según su propia expresión, *impaciente*. España ha deseado olvidar a la lengua

[3] Juaristi nos hace saber cómo Ignacio de Loyola se negó a implantarlos en la Compañía frente a las presiones de buena parte de los jesuítas vizcaínos para que lo hiciera (Juaristi, 1992: 19).

vasca *y ella no se deja olvidar y se mantiene firme contra los esfuerzos de su propia nación* **(Larramendi, 1745, en pg. 2 de su dedicatoria *A la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa*).**

Defensa de su particularismo, defensa a ultranza de España. A mediados del siglo XVIII los vascos siguen fieles al modelo político del Imperio de los Austrias. La evolución histórica empezaba a encaminarse, sin embargo, por derroteros que harían cada vez más difícil conciliar ambos supuestos. Unas décadas después de que Larramendi escribiera su *Diccionario*, en el crepúsculo del siglo XVIII, Godoy empezaba a plantear, desde posiciones centralistas, la abolición de los fueros vasconavarros como vía de saneamiento económico del Estado **(Juaristi, 1987:58)**. Exactamente por las mismas fechas escribía el presbítero durangués Pablo Pedro de Astarloa que el vasco era la lengua primitiva y natural no solo de España sino de toda la humanidad **(en Tovar,1980:115)**

2. LITERATURA ROMÁNTICA, SOCIEDADES LINGÜÍSITICAS Y LA IDEOLOGÍA FUERISTA DEL SIGLO XIX

La construcción del Estado Liberal en España fue un proceso muy lento y lleno de dificultades y guerras civiles. No era de extrañar que fuera en las cuatro provincias vascongadas donde el tradicionalismo carlista arraigase con más fuerza. Los *hidalgos vizcaínos*, personificación en sí mismos de las esencias eternas e inmutables del Antiguo Régimen, se embarcaron por tres veces en la santa cruzada absolutista contra el liberalismo burgués. En su lucha contra el nuevo régimen, simbolizado y compendiado en la Constitución, los carlistas defendieron los fueros vascongados. Pero el carlista, como lo había sido el de los vizcaínos de los anteriores siglos, no era un particularismo regionalista que propugnase la identidad diferencial de los vascos frente al poder central, sino de nuevo y siempre un particularismo estamental, como instrumento de defensa de una sociedad regida por los principios nobiliarios del Antiguo Régimen. Fue desde ese punto de vista que autores carlistas como Juan Bautista de Erro y Azpiroz, nombrado Ministro Universal por D.Carlos María Isidro en 1836, volvieron a rescatar las teorías ya conocidas sobre el vascuence **(Erro; citado por Tovar, 1980: 130).**

El final de la primera guerra carlista se saldó con la mutilación parcial del Fuero de Navarra y con la asimilación de las otras tres provincias al régimen constitucional de 1839 a 1844. En esta fecha, la subida de los moderados al poder condujo a una restauración parcial de los fueros, pero sin recuperar la situación aduanera ni judicial anterior, ni tampoco el pase foral.

Es lógico que estos hechos, a los que se sumó la posterior abolición definitiva de los fueros en 1876, provocaran la reacción vascongada en su defensa. Así lo siguieron haciendo los *hidalgos* carlistas, desde su proyecto absolutista nacional, pero ya no fueron los únicos. A mediados del siglo XIX la sociedad vascongada había dejado de ser exclusivamente una sociedad de campesinos y terratenientes. El desarrollo urbano e industrial iba dando nacimiento, de manera progresiva y con creciente rapidez, a una gran burguesía capitalista y a unas capas intermedias pequeñoburguesas para las que la defensa de los fueros, si es que habían de defenderlos, no podía realizarse desde la mentalidad estamental sino desde una perspectiva nueva que pasaba por las doctrinas políticas emanadas de la Revolución Francesa.

La gran burguesía industrial se desentendió desde el primer momento del problema: para ella los fueros no eran sino un estorbo para sus intereses librecambistas y de inserción en el mercado nacional. Fueron las clases pequeñoburguesas, marginadas tanto del poder económico como del político, a las que se unió la fracción más liberal de los propietarios rurales desengañados después de tres contiendas carlistas, quienes se arrogaron, por contradictorio que de entrada pueda parecer, la defensa de los fueros, es decir, de unas normas y privilegios de origen feudal. Con ellos, sin embargo, el particularismo estamental de la Edad Moderna se convertía primero en regionalismo prenacionalista y, más tarde, desde la década de los 90, en nacionalismo burgués de una forma natural y sin rupturas.

Si los hidalgos *vizcaínos* habían representado el culmen del inmovilismo en la sociedad estamental, el fuerismo es, paralelamente, *la expresión vascongada y navarra del moderantismo español* **(Juaristi, 1987:26)**. El moderantismo, hegemónico durante casi todo el reinado de Isabel II, representaba una suerte de ideología intermedia entre la del Antiguo Régimen y la del liberalismo más progresista. *Para los moderados, las Provincias Vasgongadas y Navarra constituyen el testimonio vivo de que su ideal político es realizable: una sociedad en la que la igualdad teórica coexiste con la práctica de un sufragio censitario[...] El País Vasco es la utopía de la España Conservadora* **(Juaristi, 1987:26).** Por eso, la configuración de la identidad nacional vasca en la nueva Edad Contemporánea se realizó sobre cimientos tomados de la tradición y no de la innovación. El sentimiento regionalista se había despertado a fin de cuentas como consecuencia de un doble atentado contra la tradición, simbolizada en los fueros (el recorte primero y la abolición después de los privilegios vascongados, por un lado y la industrialización, que provocaba daños irreparables contra esa tradición, por otro) y será desde la defensa de los fueros, como utopía de una sociedad ruralizante sin conflictos de clases, desde donde la conservadora burguesía vasca defenderá su identidad nacional.

Así pues, aunque distorsionados por la ideología liberal, los viejos argumentos vascos estaban presentes en este pensamiento fuerista: la *hidalguía universal* de los *vizcaínos* era, según ellos, un trasunto histórico de los valores igualitarios y «democráticos» que estos propugnaban. Las teorías sobre el vascuence reforzaban la identidad diferencial del pueblo vasco respecto al resto de España, pero sin quebrantar su unidad. La lengua se convirtió una vez más en el instrumento preferente sobre el que basar la ideología. El movimiento fuerista fue una especie de protonacionalismo no independentista. Nunca constituyó una opción política fuerte y cohesionada y su ideología se expresó principalmente a través de dos vehículos relacionados con la lengua: la literatura y las asociaciones culturales de defensa del euskera:

a) La literatura fuerista, de corte historicista y romántico, tuvo su auge entre la década de los cuarenta y la de los ochenta y se influyó básicamente de los modelos de la novela scottiana **(Juaristi, 1987:58 y ss)**. En su afán por sacar a la luz el *völkgeist* de los vascos acudió, como el resto de las literaturas nacionales europeas, al acervo de las leyendas tradicionales. Allí se encontró con los mitos histórico/lingüísticos del vascuence. No había leyendas mejor que esas, ni quizá más presente en el subconsciente colectivo vasco, para reforzar la ideología regionalista. Las viejas teorías del vascoiberismo, del vascocantabrismo, del «monoteísmo primitivo» de los vascos, se convierten, junto con las gestas épicas medievales rescatadas por el Romanticismo, en la espina dorsal de la construcción de una identidad vasca ligada indiscutiblemente a la española.

b) Fracasada la defensa de los fueros como proyecto político desde principios de los ochenta por la división entre liberales y carlistas, los primeros optaron por defender la recién nacida conciencia nacional a través de sociedades que preservaran y fomentaran la cultura y la lengua de los vascos. Estas asociaciones fueron dos: la Euskara de Navarra, constituída en 1877, y la Euskal-Herría de Bilbao, surgida un poco más tarde **(Elorza y Castells, 1985: 6)**. Estas asociaciones se nutrieron, en gran parte, de las filas de los literatos fueristas, y sus revistas se convirtieron en medio de divulgación de sus novelas y sus alegatos políticos. Con todo, la razón de ser de estas asociaciones la constituyó la lengua. Con los euskaros y euskalerriacos el euskera se convierte una vez más en trasunto del pueblo vasco, lo que en palabras de Arturo Campión, el fundador de la Sociedad Euskara, se traduce: *La lengua es la nacionalidad. Mientras los vascongados conserven su habla original y privativa, no haya temor de que disminuya el amor a sus envidiados fueros, porque cada palabra que pronuncien les recordará el estado social y político de sus padres y les alentará a no cejar nunca en la reivindicación legal de sus imprescriptibles derechos* **(Campión, 1878; citado en Elorza y Castellsm 1985:6. El subrayado es mío)**. Oímos indiscutiblemente aflorar resabios de ideologías pasadas. No podía ser de otra manera: los euskaras y euskalerrriacos, los fueristas todos, buscaban la identidad vasca en la recuperación de los valores tradicionales de una utópica sociedad agraria igualitaria, pero ese mito ruralizante, custodio de las esencias vascas, no era otra cosa que el reflejo idealizado de la desaparecida sociedad estamental, al que se le había dado un tinte «aburguesado»

En opinión de Juaristi **(Juaristi, 1987:40)** el fuerismo fracasó como opción política porque no supo salir de su utopismo arcaizante, porque no tenía un proyecto de construcción nacional para el futuro, tan sólo una imposible vuelta al pasado. Sin embargo, lo cierto es que algunos vascos parecían sentirse acorralados por los cambios que se experimentaban en las cuatro provincias, pero especialmente en Vizcaya, donde la industrialización, la educación en castellano y la emigración masiva de castellanoparlantes amenazaban con extinguir los signos de identidad de los orgullosos vascos y, el primero de todos, el euskera. Sabino de Arana-Goiri supo retomar toda aquella larga tradición y crear un partido político al servicio de una ideología milenarista que se sirvió de la utopía ruralista y de la mitografía lingüística como instrumentos para construir el futuro y no simplemente para restaurar el pasado. No era una Vizcaya de nuevo foral lo que quería Arana sino una Vizcaya independiente, no era la industrialización en sí lo que se rechazaba sino sus efectos sociales negativos para la cultura y la raza vascas[4].

3. DE LA IDENTIDAD REGIONALISTA A LA IDENTIDAD NACIONALISTA. AGUSTÍN CHAHO Y EL MITO DE AITOR

Los autores fueristas sólo pretendían reforzar una identidad, la vasca, sin negar la otra, la española (o la francesa, al otro lado del Bidasoa). Con ello, sin embargo, destapaban la Caja de Pandora que habría de conducir al nacionalismo independentista de Sabino de Arana-Goiri. Ninguno de estos escritores ilustra mejor esta transición que el vascofrancés Agustín Chaho, al que Juaristi considera *precursor del independentismo* **(Juaristi, 1987:84)**. Su influencia sobre Arana es indudable. Cons-

[4] *Arana-Goiri es anticapitalista solamente en cuanto el funcionamiento que contempla el capitalismo en Vizcaya es un facto de extranjerización* **(Elorza y Castells, 1985:13)**

tituye quizá Chaho más que ningún otro de los fueristas el verdadero «eslabón perdido» que conecta la cadena evolutiva que desde el particularismo estamental conduce al tipo de nacionalismo independentista, conservador y racista de Arana-Goiri. Partiendo de las tradiciones anteriores Chaho creará un nuevo patriarca para el pueblo vasco, Aitor, nombre que toma de la expresión *aitoren seme*, recogida por el suletino Oihenart en 1656 para referirse a los vascos y que este traducía por el castellano *hidalgo*. Aitor es un patriarca de la raza superior, es un patriarca «ario» de tiempos protohistóricos que conduce a su pueblo, en epopéyica odisea, desde las llanuras euroasiáticas originarias hasta el otro extremo del mundo, el solar actual de los vascos. Nada tiene que ver con el bíblico Túbal (de reminiscencias hebreas) ni con los iberos, y sí mucho con los antiguos indos e iranios: Chaho resalta la afinidad del euskera con el sánscrito y afirma que el «monoteísmo primitivo» de los vascos no es otro que la religión natural, primera forma de la Revelación, de los pueblos indoeuropeos. De esta manera, como observa Juaristi, Chaho dota a los vascos de *un antepasado común propio, distinto del de los demás españoles* y *separa la genealogía del pueblo vasco de las de los pueblos semíticos* (**Juaristi, 1987:96**). Si en lo segundo no hacía sino enlazar con la antigua ideología antisemita de los estatutos de limpieza de sangre (y su antisemitismo historicista decimonónico resuelve plenamente las contradicciones que el renacentista, por ser de fundamento bíblico, no había podido esquivar) con lo primero se convertía en precursor de una nueva ideología que, rompiendo con el vascoiberismo, afirmaba la radical diferencia de la raza y la lengua vasca respecto al resto de España y asentaba así las bases para el racismo maketófobo de Sabino de Arana-Goiri.

4. LA INSTRUMENTACIÓN DEL EUSKERA POR EL NACIONALISMO INDEPENDENTISTA DE SABINO DE ARANA-GOIRI.

Sabino de Arana recoje, pues, todo el bagaje ideológico anterior para transformarlo en una doctrina política nueva, aunque sólidamente fundamentada en los cimientos de sus predecesores. *La apología de la edad foral [...] la evocación del gobierno patriarcal bajo las leyes viejas, la prespectiva tradicionalista, [...] la exaltación del orden basado en la familia y en la propiedad [...] la necesidad de desplazar el eje de la lucha política hacia el euskara y la conexión de esta defensa cultural con una cosmovisión moral asimismo tradicional que enlaza modernidad y degradación tienen un antecedente inmediato en Campión y sus compañeros* (**Elorza y Castells,1985:10**). Como en aquellos literatos, también estaban presente en la mente de Arana muchos de los mitos tradicionales: el vascocantabrismo, el «monoteísmo primitivo» de los vascos, las epopeyas medievales... Sin embargo, dos cortes fundamentales con respecto a sus antecedentes e inspiradores, caracterizarán a la ideología sabiniana: el independentismo político de España y la exaltación de la raza vasca como distinta y superior a la española. Si en lo primero había roto con la cadena ideológica que lo ligaba a Esteban de Garibay, en lo segundo no hacía sino extraer la consecuencia inmanente en las teorías veterocristianas de la limpieza de sangre a la luz del nuevo racismo «antropológico» que autores como Gobineau empezaban a poner de moda en Europa.

En cualquier caso, y siguiendo en eso también la heredada tradición secular, la madeja ideológica del aranismo encontró su nudo gordiano en los estudios y teorización sobre la lengua vasca. Como muy bien ha señalado Elorza (**Elorza y Castells, 1985:13**) el lector que se asome a sus Obras Completas no encontrará grandes doctri-

narios políticos pero sí en cambio una gran labor de sistematización y estudio de la gramática vasca. Y ello, por dos razones esenciales:

Arana había comprendido, al igual que lo hicieran los eúskaros, la inutilidad del enfrentamiento político directo contra el Estado y consideraba mucho más urgente la reconstrucción y potenciación del idioma como única manera de hacer crecer el sentimiento nacionalista y patriótico de los vascos. Es por eso que en sus *Lecciones de Ortografía del Euskera Bizkaíno* (1896), se lanza a una unificación y reglamentación de las leyes fonéticas, ortográficas y gramaticales de los dialectos de Vizcaya, para poder hacer del euskera un idioma moderno, con capacidad de ser soporte y vehículo de un sistema de educación propio que pudiese suplantar al entonces existente, el castellano, al que Arana hace acreedor de la pérdida de los rasgos identitarios de los euskaldunes. La lengua se convierte así en piedra angular de su proyecto político.

Arana, además, conocedor de la exégesis histórica sobre el vascuence, encontró en el estudio y teorización sobre la lengua el medio más adecuado para la expresión de sus ideas y el mejor instrumento para construirlas. Una vez más, como en sus antecesores históricos, y no nos cansaremos de repetirlo, la lengua se convertía en una metáfora, en un trasunto del pueblo. Racismo segregacionista antiespañol e independentismo encuentran su puente de unión a través de la lengua.

Detengámonos en el análisis de su gran obra euskarológica, las *Lecciones de Ortografía del Euskera Bizkaíno.* Encontraremos con sólo echar un vistazo, esas dos ideas apuntalando como columnas pareadas toda la estructura «científica» del estudio. Si aplicásemos además una pequeña lente de aumento encontraríamos, junto con ellas, otras teorías mucho más viejas. Vayamos paso por paso y comencemos por el prólogo del libro, que el autor titula, significativamente, *Advertencias.* ¿Es una casualidad que, como se informa en la *Nota de los editores*, Arana crease exactamente setenta y dos neologismos del euskera **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 810)**? ¿No indica esto, ya desde el principio, que en la formulación de Arana estaba presente, de alguna manera, la tradición babélica y, por ende, al menos algunas de las consecuencias que esto implicaba para el vascuence?. La mitología aranista comparte, en efecto, con la tubálica la idea de la enorme antigüedad del euskera, cuyo origen se pierde en lo más remoto de los tiempos. Sin embargo, sus presupuestos ideológicos le llevan a rechazar la hipótesis tubálica de los escritores renacentista como ya lo había hecho décadas atrás Agustín Chaho. Arana no puede aceptar la identificación de los vascos con los iberos porque hubiera desmontado el presupuesto básico sobre el que cabalgaba su proyecto político: la lengua vasca y, por tanto, la raza, nada tienen que ver con los iberos/españoles. Para defender su postura se lanza a desautorizar a los últimos estudiosos que habían sostenido la tesis del vascoiberismo en varios párrafos de sus *Advertencias* que aquí extractamos: *Todo el afán de los tratadistas parecía ser el de demostrar que los euskerianos son los verdaderos españoles [...] de la misma manera que más tarde se expusieron como pruebas contundentes para defender nuestros llamados Fueros [...] Se pretende hacer pasar como legítimas conclusiones que no tienen premisa alguna en qué fundarse [...] Lo cierto es que dichos euskerólogos sólo vinieron a demostrar que nuestra raza habitó alguna vez toda la Península (como habitara otras tierras de Europa y África)* **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 820).** A pesar de su rotunda crítica, Arana no puede evitar mostrarse influído por el peso de una tradición centenaria. En su afirmación de que los vascos habían habitado en la Antigüedad otras tierras de Europa y África, sólo refleja sin duda las rancias teorías sobre el poblamiento de Sicilia e Italia por los iberos.

Pero, empeñado en negar a la lengua vasca cualquier parentesco con el resto de las españolas Arana estaba dispuesto a dar crédito a las teorías más disparatadas que, ante el misterioso origen del euskera, se iban formulando en Europa. Así, en un artículo aparecido en *Baserritarra* en 1897, se veía inclinado a suscribir en parte las teorías que el benabarro D'Abartiague había expuesto en 1895: *M. D'Abartiague se adhiere a la hipótesis atlántica, es decir, la que sienta que nuestra raza procede de la famosa isla, o mejor dicho archipiélago, y tal vez continente que se conoce con el nombre de Atlántida [...] La existencia de la Atlántida en algún tiempo la prueba M. D'Abartiague con datos tal vez incontestables; pero de ello no se deduce que nuestra raza pasara de ella al continente europeo, sino más bien que habitara simultáneamente el Occidente y Mediodía de este, el Norte de Africa y dicha extensa tierra hoy cubierta por el Océano* **(Arana, 1897; en 1980: vol II, 1342).** Lo importante para Arana no era que esa teoría fuese científicamente sólida o no, lo importante, como él mismo afirma a continuación, es la idoneidad de la misma para apoyar su ideología: *La hipótesis atlántica [...] es recomendable principalmente porque no se halla en ella rastro de esa influencia española* **(Arana, 1897; en 1980: vol II, 1342)**. Lo importante, al final de todo, es la constatación de que *Los euskerianos son uno de esos pueblos -islas que se encuentran en la superficie del globo, enteramente distintos, bajo todo concepto, de los pueblos que los rodean; y su lengua es, en medio de las lenguas arias, una isla* **(Arana, 1897; en 1980: vol II, 1340).** Se descubre en estas últimas palabras mucha de la mitografía filoaria de Chaho, con quien Arana compartía el racismo antisemita que se extendía como un cáncer por todo el continente. Nunca hubieran podido imaginar ambos que el euskera era justo lo contrario de los que ellos con tanta seguridad afirmaban: ¡la única lengua no indoeuropea de Europa Occidental!.

Las *Lecciones de Ortografía del Euskera Bizkaíno*, continúan con una crítica contra los que quieren diferenciar en el euskera una variedad literaria y una vulgar: *Resultaría que el campesino hablaría un Euskera que se tendría por tosco y rudo y otro, culto y aristocrático, el euskeriano de alguna educación literaria, originándose así, en la esfera de la cultura, una cierta distinción de clases que en modo alguno puede armonizarse con el espíritu de igualdad que caracteriza al pueblo euskeriano* **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 821)**. La lengua refleja, así, la ideología social de Arana, heredada de los fueristas: la utopía vasca de una sociedad rural igualitaria que, como el euskera, no conoce división en clases sociales, una sociedad en la que las evidentes diferencias económicas quedan armonizadas por el espíritu de igualdad. No es muy difícil encontrar detrás de todo esto el fantasma de la vieja hidalguía universal de los vascos, que sirvió como telón de fondo a las teorizaciones lingüísticas de los tratadistas del Siglo de Oro. Tampoco cuesta mucho trabajo descubrir tras esta negación de la existencia de un euskera vulgar las viejas teorías que consideraban al mismo *lengua más perfecta, de más distinción, más rica y copiosa, lengua de gran elegancia.*

Los estudios lingüísticos de Arana transparentan también sus proyectos de construcción política del Estado vasco. Arana partía de la imagen histórica tomada del fuerista Artiñano, quien creía que la Vizcaya Foral había sido una confederación de repúblicas concejiles. Arana proyectó esta imagen al conjunto de los territorios vascos y concibió la independencia de las siete provincias (cuatro españolas, tres francesas) bajo un modelo confederal que respetara la supuesta independencia que estas habían tenido en tiempos históricos. A este proyecto político le corresponde su correlato lingüístico, necesario por lo demás para la construcción del primero: *Lo que procede, en mi opinión, es componer dentro de cada región euskeriana que haya sido antes estado*

autónomo y se halle en la posibilidad de volver a serlo algún día, un dialecto general, formado con los elementos menos alejados de las formas orgánicas, esparcidas aquí y allá, en los diferentes subdialectos o variedades que se hablen en el territorio de que se trate; y que ese dialecto así elaborado no sea patrimonio exclusivo de la literatura y la clase elevada de la sociedad sino habla que, abatiendo y matando las formas usuales desechadas, llegase a generalizarse por el país [...] De esta suerte tendríamos un solo Euskera Guipuzcoano, un solo euskera Nabarro, un solo Euskera Bizkaíno, etc, viniendo a realizarse en la esfera lingüística la fórmula que en la política tiene tantos y tan decididos partidarios, la variedad en la unidad **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 822)**. La negativa de Arana a crear una *koiné* universal vascongada no es sino una manifestación en el plano de lo lingüístico de su planteamiento no-centralista. Por lo demás, la no existencia de dicha *koiné* no supone un obstáculo para la unidad, pues *las diferencias dialectales no dificultan en lo más mínimo las relaciones de unos euskeldunes con otros* **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 822)**, y a todos se le aplica la misma reglamentación ortográfica.

Negación de la españolidad de los vascos, igualitarismo social ruralizante, construcción de un estado independiente confederal... Uno a uno los puntos ideológicos del aranismo han ido apareciendo tras las argumentaciones lingüísticas. Sólo quedaba el racismo. Las *Advertencias* de Arana se cierran con una encendida llamada a defender el euskera *que habrá miserablemente de sucumbir aherrojado por el erdera que por el occidente y mediodía invade nuestra tierra, si pronto no acudimos en su auxilio y lo levantamos y lo purificamos* **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 823)**. ¿A qué se refiere Arana cuando habla de «purificar» el euskera? A eliminar de él todo préstamo, todo vocablo, todo elemento proviniente del español, a devolverle su limpieza de sangre original.

Arana es un hombre de su tiempo: sabe que el euskera no es una lengua *sin mudança ninguna* y que tampoco *el Baskuence de oy es el mismo que el de ahora dos mil y tres mil años*, sabe que las lenguas pueden y deben cambiar y él mismo se ha propuesto hacerlo para instrumentar su proyecto político. Pero Arana está de acuerdo en una cosa con los autores del Siglo de Oro, está de acuerdo en que el vasco es, o debe de ser una lengua pura, sin permixtión alguna de naciones advenedizas. Esa pureza estaba amenazada por la adopción de términos castellanos, como la raza euskeldún lo estaba por la «invasión» de los obreros maketos en la ría de Bilbao. Arana llevará a cabo un intento sistemático de eliminación de elementos castellanos a través de todo su estudio. La propia terminología filológica que emplea está impregnada de connotaciones racistas: Habla así de *las leyes de legitimidad de los sonidos bizkaínos* **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 838)**, separando los sonidos *legítimamente euskéricos* de aquellos que proceden del castellano. La limpieza lingüística de Arana no puede sino ir en paralelo de la que pretendía para su pueblo, y que le llevó a condenar los matrimonios mixtos entre vascos y españoles. Es ese racismo que no es otra cosa que el bisnieto mutante de la hidalga *limpieza de sangre*.

La lengua era fundamental para la diferenciación racista entre el vasco y el español:

— *¿En qué se conoce la raza de una familia? [...]*

— *En sus apellidos [...] Si los apellidos son euzkéricos, el que los lleva es vasco.* **(Arana, 1896; en 1980: vol II, 1059)**

Pero no sólo por sus apellidos, también por el nombre. Era necesario, en aras de la segregación, crear un nuevo santoral, un santoral vasco diferente del español. Arana se lanzó en su *Calendario* **(Arana 1896; en 1980: vol II, 1059)** a inventar nuevos nombres para los vascos: Luis se convierte en *Koldobika* (del germano *Hlodovich*), *Peru,* demasiado parecido al español Pedro, en *Kepa* (del arameo *Cephas*), Jorge en *Gorka* (del griego *Georgos*) etc. Lo mismo había hecho en sus *Lecciones* con la toponimia, incluída la invención del neologismo *Euskadi,* que tenía las connotaciones estatales y territoriales que el nacionalismo demandaba, a diferencia de *Euskal-Herría*, que sólo designaba al pueblo vasco **(Elorza y Castells, 1985: 13).**

Sabino de Arana-Goiri acabaría dando, sin embargo, un giro copernicano al final de su vida. ¡Quién había de decir que el milenarista proto-fascista que dejábamos entrever en estas páginas acabaría por fundar en 1901 la Liga de Vascos Españolistas y escribir a su hermano Luis: *Hay que hacerse españolistas y trabajar con todo el alma por el programa que se trace con ese carácter* **(en Elorza y Castells, 1985: 15)**. Quizá es que durante toda su vida, aunque latente y subterránea, tan latente y subterránea como explícita y pública había sido la ideología de la *limpieza de sangre*, había estado presente en él la idea de aquella vieja frase de Moret *los vascos son los que han conservado la sangre y el origen español más puramente*. Quizá, simplemente, se trataba de una retirada estratégica para defender más astutamente sus intereses. Una actitud que, probablemente, compartió con el padre Larramendi quien, inexplicablemente, en el último párrafo de su larguísimo *Prólogo*, después de tan dura lucha, daba su brazo a torcer poniendo él mismo en duda la teoría que le había costado quince años de trabajo poder demostrar: *Y aunque no haya sido universal si, no obstante, ha sido lengua de casa...*(**Larramendi, 1745: CCXXIX)**

BIBLIOGRAFIA

Arana-Goiri, Sabino de. *Obras completas, vol II.* Donostia, 1980.

Elorza, Antonio y Castells, J.M. *El Nacionalismo vasco.* «Cuadernos de Historia 16», nº92, 1985.

Juaristi, Jon. *El Linaje de Aitor: la invención de la tradición vasca.* Taurus. Madrid, 1987.

Juaristi, Jon. *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles.* Siglo XXI. Madrid, 1992.

Larramendi, Manuel de. *Diccionario Trilingüe del Castellano, Bascuence y Latín.* Edición facsimil. San Sebastián, 1984.

López García, Ángel. *El rumor de los desarraigados: conflicto de lenguas en la Península Ibérica.* Ed. Anagrama. Barcelona, 1985.

Tovar, Antonio. *Mitología e ideología sobre la lengua vasca: Historia de los estudios sobre ella.* Alianza Editorial. Madrid, 1980.